

rompida, querer que en el todo no quede nada sano! ¿Qué demencia es querer no solo arrancar de raiz la planta, sino arrojar tambien al fuego las semillas que pudieran reproducir los renuevos de la virtud!

¿Sabeis, señor, cuál es el carácter que distingue y deshonra mas al siglo en que vivimos? Es el de ser el único en que el vicio no ha querido marchar sin la impiedad. En todos los siglos pasados, y hasta en el tiempo que no está léjos del nuestro, el desórden de las costumbres no pretendia autorizarse con los sistemas de la incredulidad. En todos habia, como hay hoy, hombres sensuales, sin freno ni principios, enemigos de todo bien, y mártires de la ambicion y del orgullo. Habia tambien ingenios superiores, profundos y célebres filósofos, historiadores hábiles, grandes poetas, y oradores dignos de los mejores tiempos de Grecia y de Roma.

Pero jamas esta mezcla de corrupcion y luces producía impíos. Y si algun escritor perverso se atrevia á desacreditar alguno de los dogmas religiosos, la nacion entera se horrorizaba del atentado, y cada uno manifestaba su horror con aquel sentimiento que inspira el encuentro súbito de un monstruo. No se conocía entónces entre los cristianos otra distincion que la de buenos ó malos; pero el abuso no habia llegado hasta el extremo de formar una clase entera de incrédulos y de blasfemos.

En todas las órdenes del estado habia libertinos y justos, grandes filósofos y hombres ineultos, hombres instruidos y malos escritores, académicos ilustres y talentos comunes; pero entónces todos morian de la misma manera, esto es, todos morian confesando á Jesucristo, é implorando los últimos auxilios con que la religion consuela á los que mueren. Entónces los grandes hombres de toda especie, los grandes príncipes, los grandes generales, los grandes magistrados, los grandes autores, todos habian vivido segun les habia inspirado su flaqueza ó su virtud; pero todos acababan arrojándose en los brazos de la religion, y apelando á los méritos de su Redentor, y nadie decia que un grande hombre que moria así, desmentia su carácter de hombre grande.

Entónces no se veia nunca que el delincuente mas facineroso blasfemase en el cadalso, ni que rechazara con desprecio las exhortaciones y lágrimas del ministro del Señor, que procuraba conmoverle para salvarle. Méenos se podia imaginar entónces que llegaria el tiempo en que en algun pais se daria el nombre de filósofos á los que despues de haber vivido en el desórden con escándalo, sabrian morir públicamente sin fe, sin Dios, sin dolor y sin esperanzas.

¿De qué causa ha nacido una diferencia tan espantosa entre siglos que se tocan tan de cerca? Un hombre solo ha producido esta revolucion tan

increíble. Hombre de muchos talentos, pero devorado de la insaciable ambicion de dominar los espíritus, y de adquirirse una reputacion distinguida, se atrevió á combatir todas las ideas religiosas, y se atrevió á proferir que el cristianismo era una de las supersticiones populares. Su designio era extinguir todo sacerdocio y toda monarquía, pretendiendo ganarse con esto la funesta y odiosa gloria de haber sido el autor y la causa del mas horroroso trastorno que podía sufrir el universo. Este intento absurdo, esta intencion atroz, este deseo bárbaro le devoraba el corazon, y fué el motivo de que la fecundidad de su imaginacion y la fuerza de su espíritu, que debian hacerle el mejor, el mas útil y el mas amable de su siglo, degenerasen en una potencia maléfica solo capaz de cegar y corromper á todas las naciones. Esta es la llave, este es el secreto de todos los escándalos filosóficos, de todos los fenómenos de impiedad que caracterizan la depravacion y el delirio del siglo décimooctavo.

Señor, respetad la religion entretanto que la gracia divina no llega á iluminaros con su luz. La mayor edad, las nuevas reflexiones, el fastidio del mundo, la vergüenza de hallaros en tan mala compañía, podrán abriros los ojos, y haceros sentir la necesidad de volver luego, y acabar la vida en los brazos de la religion. Reservaos, pues, el poder y la libertad de arrojaros en ellos, y de

empezar una vida nueva de cristiano, sin que la incredulidad pueda acusaros de inconstancia, y sin que pueda increparos, que sois desertor de sus banderas, que á lo ménos os quede la puerta abierta para si llega el dia de la luz. Desde que se hace alarde de la religion, se contrae un cierto empeño de no abandonarla por no parecer inconsecuente. Este empeño es muy violento, muy brutal, y una alma vana quisiera sostenerle por orgullo; pero una alma verdadera y honrada podrá hallarse en el caso de no poder guardarle con exactitud, y lo mejor y mas seguro es no aventurarse.

Cuando avanceis mas en edad, experimentaréis que vuestras pasiones se debilitan. Entónces vuestra razon se desembarazará de las ilusiones pueriles que la ofuscan, y conoceréis la necesidad de reformar vuestras costumbres, y abrazar otras mas serias y moderadas. Casi sin que lo sepais hallaréis de repente en vuestro corazon un cierto gusto de órden, de verdad y de decencia que poco á poco os empujará, y sin que os hagais gran fuerza os arrojará en la sabiduría sólida del Evangelio. Si en este momento, cuando ya no podréis superar vuestros remordimientos, y cuando la hermosura de la fe se os presenta á vuestros ojos con todo el esplendor, la opinion pública os supone entre los filósofos, y estos mismos os aguardan para veros morir insultando á Dios y á los hombres, ¿cómo será fácil romper con to-

dos, y exponerse á las irrisiones y desprecios del público y de vuestros amigos?

Porque, señor, esta es casi toda la historia de los incrédulos. Abandonan la religion por entregarse á los vicios con libertad, y perseveran en la impiedad por orgullo. La edad desengaña á muchos y los reforma: la muerte espanta á los mas y los convierte; y si algunos llevan su obstinacion mas allá de la vida, es porque se han declarado demasiado, porque temen pasar por inconsecuentes, porque no quieren perder la fama que han creído adquirir, ó porque su razon entorpecida con la enfermedad no les deja bastante conocimiento para sentir los riesgos de su iniquidad. Acordaos, señor, de Voltaire, y no añadais dificultades á vuestra conversion, que suelen hacerla mas difícil las circunstancias de la muerte, y temed siempre los justos juicios de Dios.

La incredulidad tiene un origen muy vil para que pueda haber honor en sacrificarla en los últimos momentos el reposo y las esperanzas de la otra vida. Cuando un hombre tiene la desgracia de haber abandonado la virtud, y se halla perdido en las intrincadas y tortuosas cavernas de los vicios, no le queda mas que un hilo que le pueda sacar de laberinto tan enmarañado: solo tiene un recurso para no exasperar su conciencia, y consolar un poco su razon, y es en medio de sus malas costumbres adorar siempre su religion; es re-

conocer que la depravacion del corazon y de los sentidos no pueden alterar ni mudar la verdad y solidez del Evangelio; es envidiar algunas veces la feliz suerte de los cristianos fieles, que tiene la fuerza de enfrenar sus pasiones; es afligirse de su propia miseria, y esperar que algun dia tendrá este valor; es no abandonar la religion ni los ejercicios públicos y obligatorios de esta; es frecuentar los templos, no huir de la palabra de Dios, no sufrir ningun discurso impío, evitar el escándalo, y guardar en todo la circunspeccion y decencia que puede atraernos la gracia de Dios, y nos conserva aun en nuestras flaquezas la estimacion y la lástima de los hombres de bien.

La religion sabe que el hombre es débil, y en todos tiempos le espera prevenida para socorrerle con los auxilios de la Iglesia. Al instante que se presenta arrepentido lo cubre con su manto, y lo lava con sus aguas. No ignora que muchos moribundos que nunca la han buscado, imploran su socorro en las postreras agonias, y entónces le presentan una vida entera pasada en los delitos, sin poderle presentar mas que un instante de arrepentimiento. Con todo esta madre piadosa no los desalienta y como tiene un tesoro infinito de que dispone, espera que este instante, por la virtud de la sangre preciosa de Jesucristo con que cura las heridas, podrá dar al deplorable enfermo la salud entera, y por eso ha preparado fórmulas

y preces con que implora y espera conseguir este prodigio.

¡Pero cual será el sentimiento de esta madre al ver que una alma que nació en su seno, y á quien imprimió el sello de las promesas divinas, renuncia á tan altas esperanzas? Pues sus ritos augustos en aquella hora no contienen fórmulas que indiquen la reconciliacion de los que han abjurado á Jesucristo. Escuchad las palabras con que ruega por los moribundos: „Señor Jesus, re-
„conoced vuestra criatura, que habeis regenerado
„con el agua y el Espíritu Santo, que habeis marcado con la señal de vuestra cruz, que habeis ali-
„mentado con la palabra de vuestra verdad en el
„seno de vuestra Iglesia; perdonadla los pecados
„y las ignorancias de su juventud, olvidad las antiguas iniquidades en que le precipitó el furor de
„sus deseos; *porque aunque ha pecado no os ha re-
„negado, os ha creído, y ha esperado en vos que sois
„su Dios y su Salvador.*”

¡Discurrid, señor, cuál debe ser la pena y la angustia de un incrédulo convertido de miedo en un instante cuando oye estas palabras! ¡Como debe sentir su corazón destrozado quando reflexiona, que ni siquiera puede alegar en su favor un motivo de consuelo que queda á los perversos mas abandonados! Por eso es muy imprudente y muy peligroso aguardar á momentos tan estrechos para tomar un partido de tanta consecuencia. El

que quiere recobrar el derecho de la esperanza bienaventurada, no debe esperar ni la vejez ni la muerte. El instante que pierde no se recobra, y nunca podrá hacerlo demasiado presto.

El que persevera en su desórden con la esperanza de convertirse un dia, da demasiado valor á los miserables placeres de la vida, aventura mucho por gozos frívolos, su conciencia no puede consolarse con perspectiva tan dudosa, y es muy triste no tener otro recurso para sosegar sus remordimientos y temores. Todos tienen la serti- dumbre de morir, y nadie puede tener la de vivir un dia mas. Todos los dias vemos morir súbitamente hombres, que podian esperar animarse todavía muchos años, hombres que no hubieran dejado de implorar los socorros de la religion, si hubieran pasado por la vejez y las enfermedades; pero un accidente ó un mal desconocido se adelantaron al tiempo, y murieron cuando ménos pensaban sin haber podido usar de estos auxilios.

Me seria muy fácil, señor, aterrarnos con ejemplos terribles; pero no lo creo necesario. Vos no me pareceis duro ni malvado; vos habeis podido ser débil, vos habeis podido estar alucinado. Si vuestra razon ha estado ofuscada con los errores de una filosofia insensata, y que auxiliada por el atractivo de la licencia ha podido seduciros, ya os he dicho lo bastante para que mireis que esta religion que tanto desprecian vuestros filósofos,

está llena de razon, y que los que la creen son mucho mas sensatos que los que la desprecian. Ya habeis visto una cadena de hechos y verdades, que si no han podido convenceros, porque no habeis podido todavía familiarizaros con tantas ideas y tan nuevas, y porque han perdido una parte de su valor por la grosería de mis labios, por lo ménos me debeis confesar que merecen un nuevo y mas apurado exámen.

La importancia del asunto es tal, que un hombre de vuestro espíritu y talento no puede dudar que lo merece, y no lo dejará de la mano hasta que con entero conocimiento pueda tomar un partido. Pero entretanto y mientras se depone vuestra duda, me parece necesario suspender toda accion, todo movimiento que fuera contrario al espíritu de la religion; porque me parece que será la última imprudencia hacer lo que condena una religion, que se examina, y que parece ser cierto lo que ella profesa. ¿Qué excusa alegaría el que comete una accion que pudiera ser delito?

Esta circunstancia puede seros muy favorable; porque, si como lo espero de vuestro juicio, vos os prohibis, mientras dura esta duda, lo que prohibe el Evangelio, veréis por experiencia que su ley y su observancia no son tan dificiles como puede ser imaginais. ¿Acaso la flaqueza de vuestro corazon es mayor obstáculo á la fe, que la resistencia del entendimiento? ¿Acaso os figu-

rais que es un terrible empeño el de sujetarse á las costumbres que pide el cristianismo? ¿La idea de convertir os contrista, porque os presenta una imágen lúgubre y austera á que vuestro corazon no puede acostumbrarse? Todo os parece tan frio, tan triste y monótono en las costumbres de los que viven religiosamente, que acaso no esperais poder acostumbraros á la severidad de estos principios, ni resolveros á tantos sacrificios.

Hoy ya es muy tarde para detenerme en combatir este error, que es muy injurioso á la dulzura del Evangelio, y á la excelencia de los dones que la fe reparte á los justos. Si quereis, otro dia hablarémos de este asunto: aunque me parece que todo lo que os he dicho hasta aquí debía desengañaros de tan funesto error, y quisiera que recordáseis lo que os dije el otro dia sobre lo que exige el Evangelio para recobrar la salud del alma, y que no es tan pesado como lo que exige un médico ordinario para que se recobre la del cuerpo. Me parece que aquellas consideraciones son dignas de que las peseis con la madurez de una razon franca y sincera.

Entónces cesó de hablar el padre. Yo no le habia dicho una palabra en todo el tiempo de su largo discurso, y apesar de su silencio tampoco le dije nada, porque me ocupaba en hacer apuntamientos de lo que el padre me decia, y viendo que continuaba, el padre me interpeló preguntán-

dome: Señor, ¿no teneis nada que decirme? Entonces dejando la pluma le respondí, escribo, padre, porque no quiero que se me olvide ninguna de las especies, y deseo conservar por lo ménos el órden con que me las proponeis. ¿Pero qué quereis que os diga? Vos me habeis hecho un retrato de los filósofos muy diferente del que yo tenia, y no puedo negaros, que empiezo á reconocer que el vuestro es mas parecido que el mio. En efecto recordando lo que he visto.... En esto sonó la campana, y el padre segun su costumbre levántandose presuroso me dijo: Mañana señor, continuaremos esta conversacion; y se fué.

Yo proseguí, y cuando acabé de apuntar mis especies me puse á repasarlas todas con atencion, y cada vez me asombraba mas. No podia dejar de ver que yo no tenia la menor idea de todo lo que el padre me habia manifestado en elogio del Evangelio; que todo lo que me decia de los filósofos y de sus libros era verdad. Yo creia haber aprendido mucho en su escuela, y veia que no sabia nada. Yo ántes tenia á todos los eclesiásticos por fanáticos é ignorantes, y me asombraba de que el primero que encontré, y que yo empecé por despreciar interiormente, me enseñase tantas cosas de que no tenia la menor nocion, y que probablemente estaban tambien escondidas á mis celebrados maestros. El me hacia ver un órden de cosas muy nuevo para mí; pero me sorpren-

dia por su solidez, y no podia disimularme que era mucho mas razonable.

En fin, Teodoro, yo creia ver un mundo nuevo, pero mucho mas vasto y mas arreglado que el antiguo que conocia. Por otra parte no dejaba de interesarme el celo y ardor con que este buen padre trabajaba por convertirme; le veia enamorado de este único deseo; no podia dejar de agradecerle la mucha pena que tomaba para esto; conocia que este afan no podia nacer sino de un principio de cristiano, y de la íntima persuasion en que estaba de que este era el único camino de salvarme de mi perdicion. ¿Quién debiera desearlo mas que yo mismo? ¿quién era el mas interesado? Pero ay! no se convierte fácilmente un corazón endurecido.

Yo convenia conmigo mismo, que en efecto los que creen y practican la religion cristiana tienen sobrados fundamentos para estar persuadidos de su verdad; que yo estaba engañado cuando creia que esta era una supersticion como todas las otras, sin fundamento sólido ni apoyo; que el padre me habia hecho ver pruebas tan sólidas y tan evidentes, que no era posible dejar de sentir su fuerza; que todo lo que decian los filósofos del siglo eran sofismas y dictérios frívolos, y que todos los hombres de esta especie eran tan fútiles y despreciables como empezaban á parecerme cuerdos y sensatos los que, respetando una religion sostenida

con tan graves fundamentos, la obedecian y practicaban. Porque en fin me decia yo á mí mismo: No se puede negar que lo que el padre me ha dicho parece bastantemente serio y fundado para excitar una duda prudente, y en caso de duda tampoco se puede negar que el abrazar esta religion es el partido mas seguro.

Aun confesaba mas; pues me parecia que los que respetando la religion siguen sus leyes, eran mas felices que los que la abandonan; que los primeros viven con mas sosiego, que su corazon está mas tranquilo, que sus costumbres son mas dulces, su trato mas suave, sus pasiones ménos vivas. La presencia y la amenidad de este padre me lo persuadian. El silencio de aquella casa, la regla de su vida, el órden de sus ocupaciones diarias, y la paz y serenidad de su conducta me habian inspirado ya un cierto sentimiento de respeto hasta entónces muy distante de mi corazon, y que casi me hacia envidiar su suerte. Ellos son mas dichosos que nosotros, solia exclamar en mi retiro; y habia veces en que hubiera querido trocarme por uno de ellos: habia veces en que hubiera deseado haber vivido de un modo diferente, no haber oido hablar jamas de la filosofia, y haber, como otros muchos, seguido buenamente la religion en que nació, para morir en ella.

Pero cuando reflexionaba que despues de tantos años de costumbres inveteradas, de tantos he-

chos públicos en que habia ostentado una incredulidad tan decidida, era menester sujetarme á una vida severa, que me parecia imposible soportar; exponerme á la mofa de mis amigos y mis conocidos que se burlarian de mí, me tendrian por un hombre inconsecuente y débil; perder mi reputacion, y exterminar de repente y de un solo golpe placeres, comodidades y amigos, todo esto me parecia una montaña, que yo era incapaz de repechar. Entonces sentia haber venido á aquella casa; me enfadaba el padre que me habia despertado inquietudes que ántes no tenia, y que me atormentarian ya toda mi vida: en fin, yo hubiera querido, si fuera posible, no ser lo que era; pero no me sentia con fuerza para mudarme; ya tenia algun conocimiento del bien, y no era poco, pero me faltaban el valor y la resolucion.

En estas agitaciones pasé una de las mas infelices noches de mi vida. Esta idea de que podia haber una vida futura me traia á la memoria la muerte que dí al extranjero, y el súbito y arrebatado fallecimiento de Manuel en medio de sus excesos y de sus vicios, y recuerdos tan dolorosos me llenaban de sobresaltos y de terror. Pero voy á despacharte esta carta, para empezar á escribirte en otra lo que me pasó el día siguiente. **A Dios, Teodoro mio.**